

Quintiliano y la enseñanza pública

Por Santiago MONTERO HERRERO

No fueron ajenos a Marco Fabio Quintiliano, como buen educador, los que hoy llamamos problemas «sociales» de la enseñanza. Entre ellos, ocupó primerísimo lugar el de la educación escolar.

Gastón Boissier ha formulado finas observaciones a la posición de Quintiliano sobre este tema. «Se ha debido discutir más de una vez en Roma —escribe Boissier— como se ha hecho en otras partes, sobre la enseñanza pública y la enseñanza privada. Sin duda se habían preguntado muchos si no vale más para un niño ser educado junto a sus padres, por un maestro particular, que ir a las escuelas donde se reúnen los jóvenes de su edad. La cuestión ha sido ampliamente tratada por Quintiliano en uno de sus primeros capítulos de las **Instituciones oratorias**. Después de haber expuesto las razones que pueden hacer preferir uno u otro de estos géneros de educación, concluye con mucha fuerza en favor de la enseñanza pública» (1).

Plantea Quintiliano el pro y el contra de la enseñanza pública: «Debo decir que hubo algunos que estuvieron contra la pública enseñanza, a los que les mueven dos razones. La **primera** el atender más a las costumbres, evitando el que se junten los niños con aquella multitud de otros sus iguales que son más propensos al vicio: ¡y ojalá que fuese vana la queja de que éste fue muchas veces el origen de ruines procedimientos! La **segunda** es que cualquiera que sea el maestro, éste ha de emplear más tiempo con uno sólo que con muchos. La primera razón es más bien fundada, porque en el caso de aprovechar las escuelas para aventajar en el estudio y dañar la moralidad, tendría que ser preferible el vivir bien que el salir consumado orador. Estas dos cosas, según mi juicio, andan unidas y son inseparables la una de la otra. Porque ni yo tengo por buen orador al que no sea hombre de buena vida, ni lo aprobaría aún cuando pudiese lograrse lo contrario» (2).

La enseñanza pública constituye para Quintiliano un insustituible puntal educativo. En la convivencia colegial el niño aprenderá a limitarse en beneficio ajeno, y aprenderá también de sus compañeros. Los textos de Quintiliano sobre la convivencia infantil en la escuela parecen inspirados —por su modernidad— en Fröbel o la Montessori. La escuela es una experiencia previa a la vida política, y un aprendizaje para el futuro ciudadano, ya en su calidad de súbdito, ya de gobernante.

Aparte de esta beneficiosa convivencia, la escuela ofrece otro aspecto que la hace insustituible: la emulación. «La emulación, —dice Quintiliano— causa progresos mayores en el estudio, así a los principiantes y tiernos les es más gustoso —por lo mismo que es más fácil— imitar a los condiscípulos que a los maestros...» (3).

Muy agudamente analiza Quintiliano un aspecto profesional de la enseñanza: la emu-

(1) G. Boissier, *El fin del paganismo*, Madrid, 1908, t. I, pág. 164

(2) Quint., *Inst. Or.*, I, II, 1-5.

(3) Quint., *Inst. Or.*, I, I, 26.

lación del maestro. Aparte del inmenso beneficio que significa la convivencia escolar entre los alumnos, la escuela produce el estímulo del maestro. No puede ni compararse la autoridad que el maestro alcanza ante la colectividad discente, con la del preceptor privado. La autoridad docente crece con el número de alumnos. «Añado a lo dicho —concluye Quintiliano— que los maestros no pueden hablar con el mismo espíritu y eficacia cuando oye uno sólo, que cuando les anima la concurrencia de discípulos, pues la elocuencia por la mayor parte consiste en el fuego del ánimo... Si el hombre no tuviera sino otro hombre con quien comunicar, no habría elocuencia en el mundo» (4).

El programa escolar propuesto por Quintiliano ofrece también una indiscutible modernidad. Se trata de una preparación enciclopédica, adaptada a la edad escolar, e integradas por aquellas **ciencias** que —heredadas de la **paideia** helénica— tenían consideración de clásicas.

En primer lugar propone Quintiliano la **gramática**, y aconseja comenzar por la gramática griega, a la que seguirán la de la lengua latina. El plan de estudios —muy meditado— combina el esfuerzo de la intuición infantil con la comprensión y la memoria. Se evita el memorismo como grave vicio pedagógico, aunque el ejercicio racional de la memoria sea constante.

La pedagogía gramatical —en esta primera fase escolar— parte del concepto de que las **tres propiedades del lenguaje** son: corrección, claridad y elegancia. El método es complejo. Quintiliano apela a la comprensión de conceptos y categorías, y al mismo tiempo, a la retención de imágenes. La memoria no «prima» sobre la inteligencia, sino que la sirve, manteniendo un vigoroso horizonte de conceptos.

Para Quintiliano las palabras han de considerarse según la razón, autoridad y uso. La razón justifica y legitima la palabra, y se asienta en la **analogía** y en ocasiones en la **etimología**. La autoridad se toma de los oradores e historiadores, con preferencia sobre los poetas. La costumbre legitima también la palabra, y, como dice Quintiliano, «es la maestra más segura de hablar, y hemos de usar de las voces como de la moneda, que sólo es corriente la que está en curso» (5).

La transición de la infancia a la adolescencia está marcada —en conceptos de Quintiliano— por un tipo elevado de lecturas, y la introducción en los clásicos. Marca nuestro autor un clara preferencia por Homero y Virgilio, cuya lectura ha de ocupar amplios períodos escolares (6). Sin embargo, esta utilización de los poetas épicos no supone predominio sobre los líricos y los trágicos. Para Quintiliano las tragedias **son útiles**, y los líricos «también fomentan el espíritu» (7). El nervio de la pedagogía, para Quintiliano, radica en informar al niño y darle a leer «todo lo que les avive el ingenio y aumente las ideas, pues para lo demás, que sirve a la erudicción, les queda mucho tiempo» (8).

Otras materias que caracterizan esta **paideia** juvenil son la Música y la Geometría. Con ello, Quintiliano incorpora su sistemática a la más estricta tradición helénica, con plena conciencia y acatamiento del pensamiento griego: «No cabe duda de que los filósofos la cultivaron, habiendo Pitágoras y sus discípulos publicado una opinión, sin duda de tiempo inmemorial; es a saber que el mundo había sido fabricado al son de la música... El **Timeo** de Platón no se puede comprender sin perfecto conocimiento de esta ciencia» (9).

La valoración de la música en Quintiliano alcanza caracteres casi afectivos: «Parece que la naturaleza nos la concedió como regalo, para lenitivo de los trabajos, pues hasta los remeros cobran aliento; y no sólo esto sucede en aquellas fatigas en que muchos se animan al trabajo con el dulce canto de alguno que los guía, sino en el trabajo de cada uno, entreteniéndole con canciones» (10).

(4) Quint., *Inst. Or.*, I, II, 31.

(5) Quint., *Inst. Or.*, I, IV, 3.

(6) Quint., *Inst. Or.*, I, VIII, 5.

(7) Quint., *Inst. Or.*, I, VIII, 5-12.

(8) Quint., *Inst. Or.*, I, VIII, 12.

(9) Quint., *Inst. Or.*, I, X, 12-13.

(10) Quint., *Inst. Or.*, I, X, 16.

La música, factor educativo, es propugnada por Quintiliano como **ineludible**, tanto en la educación normal escolar, como en la elevada y exigente **paideia** del orador. Basándose en la autoridad de Aristóteles, el gran teórico musical peripatético, proclama la importancia de la música en la formación del orador» (11).

En paridad con la música sitúa Quintiliano la Geometría. Si consideramos al **orador** en los estrictos términos de las **Instituciones**, como máximo representante de la cultura y la formación humanística, como ideal humano, la **Geometría** resulta de inexcusable integración en la **paideia**. Quintiliano plantea polémicamente esta cuestión: «Todos confiesen que la Geometría no deja de ser útil para la edad tierna, pues coinciden que con ella se ejercita el espíritu, se aguja el ingenio, y se adquiere prontitud para discurrir; pero que aprovecha no como las demás artes, después de aprendida, sino mientras se aprende. Esta opinión es propia de ignorantes. No sin motivos los hombres más grandes se entregaron a este estudio: porque constanding la Geometría de números y figuras, el conocimiento de aquéllos no sólo es necesario al orador, no digo cuando anda titubeando en las sumas, sino se yerra el cómputo con el movimiento incierto y menos apto de los dedos. El uso de las líneas y figuras tiene también alguna utilidad, puesto que también hay pleitos sobre medidas y límites» (12).

Quintiliano no se limita a esta utilidad subalterna y práctica de límites y medidas. Busca la conexión del orador con la economía en estratos mucho más profundos.

Ante todo la oratoria exige el orden. Orden en la ideación, en la exposición, en la deducción. El orador necesita orden como fuente de inspiración y como instrumento de trabajo. Y la geometría es la hermana nutricia del orden. El pasaje de Quintiliano guarda estrecha relación con su teoría de la ciencia. «Primeramente el orden, de que no puede prescindir la geometría, ¿no es también preciso en la elocuencia? La Geometría asimismo, de las premisas va deduciendo los principios conocidos para probar lo que no sabemos ¿pues no hacemos esto mismo cuando peroramos? ¿Qué más? Aquella conclusión última de diferentes cuestiones propuestas ¿no consta casi toda ella de silogismos? Motivo por el cual dicen algunos que esta arte es más parecida a la dialéctica que a la retórica. Pues el orador no deja de probar su asunto algunas veces, aunque raras, en la misma forma que los dialécticos: pues si el caso lo pide usa de silogismos oratorios. En conclusión: entre todas las pruebas las más convincentes son las que llamamos **demonstraciones geométricas**. ¿Y qué otra cosa más precisa en el discurso que las pruebas?» (13).

Quintiliano lleva hasta el límite pensable su principio de interacción y armonía entre todas las ciencias. La geometría refleja en el espacio el orden y sistema de la mente divina, a través de la cantidad y la proporción. Pero la retórica responde también al orden dialéctico y la armonía de las ideas. La retórica es, pues, hermana de la geometría: «la Geometría se remonta hasta dar razón al mundo; pues enseñándonos con los números la uniformidad y regularidad del curso de los astros, nos hace ver que nada hay que sea casual y sin providencia, lo que a veces suele ser conducente en la oratoria» (14).

Esta sistematización revela el platonismo subyacente en Quintiliano. Las ideas eternas de la mente divina se trasuntan en el espacio (geometría) y en el mundo (cosmología) y ordenan también la mente humana.

De ahí que la geometría, como factor educativo, sea útil desde la más tierna infancia hasta la edad adulta, opinión que Quintiliano comparte con la mayoría; pero disiente, en cambio, de aquéllos que la valoran tan sólo como ejercicio intelectual, no como conocimiento valioso (15).

Otros muchos saberes deben enriquecer la mente infantil durante el período escolar.

(11) Quint., *Inst. Or.*, I, X, 22.

(12) Quint., *Inst. Or.*, I, X, 34-37.

(13) Quint., *Inst. Or.*, I, X, 37-39.

(14) Quint., *Inst. Or.*, I, X, 47-48.

(15) Quint., *Inst. Or.*, I, X, 34-37.

Destacamos la geometría a título ilustrativo, pero la formación de la **schola** debe ser compleja y completa, humanística y matemática, moral y política.

Quintiliano tiene una elevada idea de la capacidad del hombre, desde la primera infancia. Criticando a quienes afirman que el niño no puede abarcar materias distintas en el período escolar, escribe: «no advierten los tales cuánto alcanza la capacidad del hombre, cuyo ingenio es tan ágil, tan veloz, que no puede detenerse en una cosa sola, aplicando su fuerza a muchas cosas, no digo en un mismo día, pero aún en un mismo momento» (16).

En suma, Quintiliano defendió en el terreno educativo, principios inspirados en la tradición helénica, remozados por la adaptación romana, y cuidadosamente depurados en sus **Instituciones Oratorias**.

Discrepamos del punto de vista de Jaeger. Para este genial historiador de la cultura griega «la síntesis platónica sirvió de acicate a Cicerón para el ideal de cultura preconizado por él en los libros de **Oratore**, y a través de él siguió influyendo en la **Institutio oratoria** de Quintiliano» (17).

Creemos, por el contrario, que el influjo de Platón en Quintiliano fue directo. De la influencia ciceroniana en el gran retórico hispano, no puede haber duda. Pero el pensamiento platónico no fue asimilado por Quintiliano «a través» del gran orador romano, sino de la obra de Platón, directamente leída en su idioma y mediante una seria depuración filológica.

Mucho más acertado anda San Isidoro de Sevilla cuando escribe —refiriéndose a la retórica—: «Esta disciplina entre los griegos fue inventada por Gorgias, Aristóteles y Hermágoras, y trasladada a los latinos por Tulio y Quintiliano...» (18).

Señalemos —prescindiendo de referirnos a los orígenes de la retórica aludidos en el texto anterior de San Isidoro— el acierto isidoriano al nombrar diferenciadamente a Cicerón y a Quintiliano. El pensamiento retórico y filosófico de Quintiliano está, sin duda, en la línea de la tradición griega, con profundas aportaciones personales. Tiene, por tanto, raíces comunes con el de Cicerón. Pero en lo esencial de sus doctrinas, tanto retóricas o preceptistas como filosóficas, Quintiliano constituye un mundo aparte, con relación al pensamiento ciceroniano.

(16) Quint., *Inst. Or.*, I, XII, 2.

(17) W. Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, Méjico, 1945, t. III, pág. 247.

(18) San Isid., *Etym.*, II, cap. I, 1-2.